



Círculo Rojo

EL ARTE DE LA PRONOIA

EL ARTE DE LA PRONOIA

CÓMO HACER QUE TE PASEN
COSAS BUENAS

Manuel Paz Sacaluga

Primera edición: septiembre 2023

Depósito legal: AL 2151-2023

ISBN: 978-84-1189-911-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Manuel Paz Sacaluga

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Dedicatoria y agradecimientos:

Dedicamos esta obra a todos aquellos que todavía no han encontrado su camino. Pero, sobre todo, al ejemplo de una extraordinaria persona que no solo halló el aledaño de la directa trocha, sino que también me auxilió a avanzar con paso quedo y seguro sobre la linde de mi esquivo sendero.

A mi particular espíritu de Virgilio, antiguo jefe, uno de mis primeros lectores y fraternal amigo, Juan Miguel del Águila Reyes.

Gracias a todos los lectores que han decidido confiar en esta obra para conseguir comprender y aprehender la pronoia. Y en especial, a mi hija, Tais, fuente de mi inspiración.

«A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado». Dante Alighieri. *La Divina Comedia*.

En El Puerto de Santa María, a 7 de agosto de 2023.

Capítulo I.

Paranoia y pronoia

«Para que la gente te quiera tienes que tratarla bien todos los días. Para que te odie, no tienes que hacer nada de nada». Homer Simpson.

La pronoia podemos considerarla como el reverso luminoso de la paranoia. La paranoia es un trastorno mental por el cual las personas afectadas sufren una profunda desconfianza hacia otras personas y temen el daño que estas, eventualmente, les puedan llegar a hacer. Los paranoicos pueden incluso llegar a pensar que los acontecimientos en los que intervienen objetos, como, por ejemplo, un coche que no arranca o el retraso del autobús por avería, son pruebas inequívocas de que el universo mismo confabula y maquina en su contra.

La pronoia es justo lo opuesto. Es la creencia de que el mundo o las personas, en general, conspiran a favor de uno mismo. Convengamos, amigo lector, que, *a priori*, ambos son desórdenes mentales dignos de tratamiento psiquiátrico. Y que normalmente no somos lo suficientemente importantes para casi nadie como para que ninguna persona y mucho menos el universo en su conjunto se alineen ni a nuestro favor ni en nuestra contra.

De tal suerte que tanto la pronoia como la paranoia se confirman como alienaciones psicológicas, siempre y cuando no actuemos en ningún sentido y esperemos que los demás o el cosmos, para más inri, intervengan.

Sin embargo, ¿qué ocurriría si todas las mañanas al levantarte de madrugada despertases intencionadamente a todos tus vecinos, si fueses insultando o agrediendo a todo el que por la rúa te cruzares, o bien si incluso ridiculizases con bromas zafias a tu jefe? Pues que, obviamente, tus vecinos no te podrían ni ver y conspirarían para expulsarte de la vecindad cuanto antes, por la calle te denunciarían o responderían a tus agresiones, y tu jefe, probablemente, te despediría. ¿Podrías achacar, honestamente, estas consecuencias a la mala suerte o a una universal confabulación? Por supuesto que no. Todo ello te lo tendrías merecido.

Por lo tanto y en sentido contrario, si hiciésemos recados desinteresada, cortés y constantemente a nuestros vecinos, si al menos saludásemos a todos los que nos encontrásemos por la calle y los ayudásemos si viéramos que necesitan auxilio, por ejemplo, dando limosna a un desvalido, y, en nuestro trabajo, sin rechistar y con una sonrisa, nos quedásemos sin cobrar para terminar ese informe pendiente, ¿los vecinos, aquellos transeúntes y nuestros compañeros de trabajo nos ayudarían en la misma o en alguna medida u observarían alguna tendencia a abusar de nosotros? Como veremos más adelante, que pueda ocurrir una cosa o la otra es cuestión de proporción. «La diferencia entre un remedio y un veneno está en la dosis», sentenció Hipócrates.

Estudiemos otra alternativa posible para conseguir que el devenir nos favorezca, y no es otro que el efecto Benjamin Franklin:

Franklin, para lograr la afinidad del resto, en lugar de hacer favores, los pedía; sobre todo, a rivales políticos y a aquellos que lo trataban con condescendencia y animadversión. El padre fundador de los Estados Unidos, cuentan las crónicas de la época, rogó a un enemigo político que le hiciera un favor, en concreto pidió presta-

do un texto muy raro que pertenecía a la biblioteca personal de su émulo. Este hombre, de alta cultura, se sintió halagado y sorprendido a la vez y aceptó con placer. Este episodio fue el comienzo de un acercamiento y la base de una larga y fructífera amistad.

Cuando solicitamos un favor a alguien nos situamos, conscientemente o no, en una posición de inferioridad o sumisión, por lo que tal petición se convierte en una variante de lisonja y pleitesía. En la Edad Media, los siervos acudían a palacio a solicitar ayuda y dádivas al rey, no sucedía al revés, el monarca tomaba. Al igual que, en el caso anterior, es vital calibrar muy bien la medida, pues, si abusamos, el que debe prestar tal favor puede pensar que nos estamos burlando de él o aprovechándonos. Franklin no usaba esta eficaz disonancia cognitiva con todo el mundo, sino solo con aquellos rivales más enconados.

Otro poderoso efecto que no podemos soslayar es el efecto Churchill, que también nos ayudará cuando nos relacionemos con los demás, pues nos coloca en una posición de dependencia puntual y consentida que provoca que aquel con el que interactuamos sea indulgente con nosotros y, de nuevo conscientemente o no, nos favorezca con su actuar. Parece que no tenemos el control de esta suerte, pero solo lo parece. Robert Green también destacó este efecto, aunque llamándolo de otra manera en su gran obra *Las 48 leyes del poder*, en su ley número uno, que reza así: «Esfuércese siempre por lograr que quienes están jerárquicamente por encima de usted se sientan cómodos con su sensación de superioridad. No permita que sus deseos de complacerlos o impresionarlos lo induzcan a hacer ostentación de sus talentos y de su capacidad, ya que ello podrá generar un efecto opuesto al deseado, es decir, inspirar temor e inseguridad en sus superiores. Hágalos aparecer siempre más brillantes de lo que en realidad son... y accederá a la cumbre del poder».

Aunque resulte difícil de creer, W. Churchill perdió las elecciones generales inglesas en 1945 frente a Clement Attlee. Y no solo

eso, sino que las volvió a perder en 1950. Entonces, el candidato laborista decidió adelantar las elecciones solo 18 meses después de vencer, pues estaba convencido, a tenor de los datos de sondeo electoral que poseía el partido, de que aumentaría la ventaja frente al paladín inglés, Churchill. Este, contra todo pronóstico, venció a su rival, conduciendo a los conservadores de vuelta al poder. Un cambio de actitud, de mentalidad y de enfoque al respecto de su relación con los demás fue lo que le llevó al triunfo.

Pocas fechas antes de los comicios, una de las periodistas más famosas de la época, Clare Hollingworth, decidió entrevistar a los dos candidatos a la presidencia a través de una cena informal. Clare, al día siguiente de entrevistar a Clement, declaró públicamente que, sin duda, el candidato laborista era el hombre más inteligente de Inglaterra.

Al día siguiente, la señorita Hollingworth se entrevistó con el señor Winston en el mismo lugar. Tras ello, la famosa periodista declaró que el candidato conservador la hizo sentir la persona más inteligente de toda Inglaterra. Apréciase la gran diferencia. La prensa, conocida como el cuarto poder, redactó unos artículos muy favorables a Churchill tras esta experiencia, y este, contra toda predicción, ganó las elecciones. Puede que estas publicaciones no fueran determinantes, o puede que sí, lo que está claro es que en ningún caso menguaron las opciones de los conservadores, sino que parece, a juzgar por los resultados, más bien lo contrario.

Capítulo II.

La medida del azar y de la virtud

«A fin de que no se desvanezca nuestro libre albedrío, acepto por cierto que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad, o poco menos». Maquiavelo. *El príncipe*.

A lo largo de la historia de la humanidad siempre han coexistido dos doctrinas filosóficas antagónicas; la determinista, que considera que el futuro está escrito y que hagamos lo que hagamos ya estaban predispuestos hasta los más mínimos detalles de nuestra existencia, por lo que nuestras acciones conscientes no tendrían influencia alguna sobre el curso de los acontecimientos. Y aquella otra que postula el libre albedrío, según la cual, el futuro no está escrito, sino que lo modelamos nosotros mismos con nuestras actuaciones deliberadas.

Como en casi cualquier cuestión de la vida, los modelos puros suelen estar lejos de la realidad, y es por ello que los patrones mixtos acostumbran a ser los más acertados. Si abrazamos esta conclusión como válida y la más plausible, «la virtud está entre dos vicios opuestos», diría Aristóteles, aún nos queda por despejar una incógnita trascendente, y es el peso o medida de cada doctrina.

No parece realista asumir que ni la totalidad ni una ínfima parte tan siquiera de nuestro devenir se halle, desde el principio de los tiempos, escrito en ningún lugar. Esto supondría un ejercicio de narcisismo sin parangón. No somos tan importantes como para que nuestro sino se encuentre incrustado en la luz de las estrellas. Empero, sí que existen cuestiones y eventos que están indudablemente fuera de nuestro control. Los propios filósofos estoicos ya reconocían este hecho, animándonos a despreocuparnos de todo aquello que no podemos controlar. Más que destino, parece más apropiado llamar a lo imponderable fortuna, como certificó Maquiavelo; otros han preferido llamarlo caos, como Jordan Peterson. Stephen Hawking decía que hasta los que creen en el destino miran varias veces a cada lado antes de cruzar la calle. No podemos influir, o, apenas, en gran cantidad de eventos de la vida cotidiana que nos afectan como son la desgraciada muerte de un familiar, un despido por circunstancias económicas o el sufrir un atraco en plena calle.

Sin embargo, un número considerable de cuestiones quedan dentro de la esfera de nuestro libre albedrío o decisión. Es más, en principio, si poseemos una fuerte dosis de autocontrol y carácter podremos decidir cómo nos afectan las circunstancias ajenas a nuestro dominio. Podemos optar por trabajar con denuedo para obtener un ascenso o declararnos al *chic@* que nos gusta para poder gozar de su compañía, si tenemos el suficiente valor para ello. Como también podemos decidir no hacerlo. Sea como fuere, está en nuestra mano.

En este punto, los deterministas vuelven a la carga con acierto, exponiendo que el libre albedrío no existe debido a que en realidad nuestras decisiones ya están predeterminadas, como señalan Yoval Noah Harari y Fabián C. Barrio, por una serie de «algoritmos internos» presentes desde tiempo inmemorial. Estos, a su vez, serán sustituidos de manera inminente por los algoritmos externos aplicados a la conducta humana, para que no tengamos

que tomarnos la molestia de decidir nada nunca más. El «algoritmo interno» más antiguo que existe es: tengo sed, bebo agua. De tal suerte que no podemos decidir no tomar líquido. Pues lo mismo ocurre, aunque a un nivel más complejo, con el resto de nuestras presuntas decisiones libres. Tal vez no nos atrevimos a interactuar con aquella chica porque, durante nuestra infancia, algún suceso traumático con respecto a las mujeres nos marcó inconscientemente. O bien, observamos en nuestra adolescencia que nuestro padre se esforzaba constantemente y nunca consiguió progresar laboralmente, por lo que «decidimos», o no esforzarnos en demasía, o no solicitar nunca un ascenso. Tales circunstancias quedaron grabadas en nuestro subconsciente y determinaron nuestras acciones y decisiones futuras. Las consecuencias de todo esto son extremadamente graves, pues, si las aceptamos, el resultado de este proceso cognitivo es que el libre albedrío en realidad no existe, como ya hemos anunciado. Solo hay, entonces, caos y «algoritmos internos» que configuran, por un lado, y responden, por otro, a la realidad. Sea como fuere, al no ser verdaderamente conscientes de la presencia de todos estos «algoritmos internos», o al menos de la gran mayoría, que llamemos al devenir destino o libre albedrío no es significativo, pues ambos enfoques se oponen al caos o azar.

Más importante resulta poder delimitar la medida del azar y del, llamémoslo definitivamente, libre albedrío adulterado o determinismo disfrazado, en la configuración de nuestra suerte. Maquiavelo nos aportó una pista fundamental con la cita que encabeza este capítulo. El azar y el libre albedrío tienen casi el mismo peso; quizás una pizca más, la fortuna.

La conclusión es que, si nos consideramos capaces de controlar la mitad, o casi, de los resultados de nuestras acciones y omisiones, resulta asequible conseguir que los demás, el universo, el mundo, el Todo, llamémoslo como queramos, maniobren a nuestro favor. La cuestión de fondo es que la mayoría de las personas